

Un hilo invisible de amor

En una casa llena de risas vivían dos hermanos muy especiales: Jaume, que tenía cinco años, y Salvador, que tenía tres.

Jaume era el hermano mayor. Sabía hacer muchas cosas: vestirse solo, contar historias y correr muy rápidamente. Salvador era más pequeño, le gustaba observarlo todo y seguir a su hermano en todas partes.

—¡Jaume! —gritaba a menudo Salvador—. ¡Espérame!

A veces Jaume quería jugar solo.
—Ahora no, Salvador… —decía un poco cansado.

Y Salvador se quedaba quieto, con los ojos algo tristes.

Un día, mientras jugaban en el parque, Salvador cayó y se hizo daño en la rodilla. Empezó a llorar fuerte. Antes de que nadie llegara, Jaume ya estaba a su lado.

—No llores, pequeño —le dijo—. Yo estoy aquí.

Le ayudó a levantarse y le dio un abrazo muy fuerte. En ese momento, Jaume sintió algo nuevo dentro del pecho: un cariño

grande, muy grande.

Aquella noche, Jaume tuvo un sueño. Soñó que él y Salvador estaban unidos por un brillante hilo que salía de su corazón y llegaba hasta el de su hermano. El hilo no podía verse, pero siempre estaba allí.

Una voz dulce le dijo:
—Este hilo es el amor entre hermanos. Nunca se rompe, aunque discutáis o estéis enfadados.

Al día siguiente, Jaume decidió cuidar más a su hermano. Le enseñó a construir torres, le dio la mano para cruzar la calle y le contó cuentos antes de dormir.

Y Salvador, con una gran sonrisa, dijo:
—Te quiero, Jaume.

Jaume le abrazó y respondió:
—Yo te querré siempre, pase lo que pase.

Porque los hermanos son esto: compañeros de vida, abrazos que curan y un amor incondicional que dura para siempre.